

El Colegio Hispano

José Eduardo San Martín López



Se me invita a escribir en esta sección y no dudo en elegir ésta, como mi “foto con historia”. Imagen que me ayuda a recordar momentos con las personas con las que conviví en el primer colegio al que asistí. El Colegio Hispano, caserón cuyo dibujo pueden contemplar en la foto, sito en la calle San Fernando de Santander, en una parcela entre la calle Perines y Cuatro Caminos. La instantánea fue tomada un día del curso 1960-61 en la cancha del Frente Juventudes, frente al colegio, en la Calle Vargas, junto al Cine Alameda. Creo recordar, aunque la memoria a estas alturas puede fallar, que antes asistimos a misa a los Padres Franciscanos y después se entonó el “Cara al Sol”.

Ellos, casi todos con corbata: ellas, supongo que con sus mejores galas. Todos vestidos para la ocasión. Los chicos menores abajo, los ya mozos en el centro y arriba las chicas y el cuadro de profesores. El Colegio era conocido como el colegio de Don Dimas. Titular y director, segundo

en el cuadro por la derecha, con gafas oscuras, autoridad a la que preferíamos no tener que visitar. Hoy hablaríamos de un colegio concertado, ya que el colegio público de la zona era el Ramón Pelayo en la calle Alta. Los alumnos procedían de los barrios cercanos, de Porrua, Albericia, Ciudad Jardín, así como de las calles Vargas, San Fernando, Numancia, Alta y Perines, entre otras. Había gran diversidad en la procedencia socio familiar de los alumnos. Así que supongo que de alguna manera ya se llevaba a cabo la atención a la diversidad, programa estrella de inicio de este siglo. Me extraña, y mucho, no poder asegurar si los niños y niñas compartíamos aula. Del Hispano partiría para Alemania donde en el Fichte Schule las clases eran mixtas.

Recuerdo a doña Lola, (José Luis Pomposo, al cual acabo de visitar y juntos recordamos el colegio, me habla de Doña Pilar) la profesora que está en la fila inferior, junto a las niñas, que me mandaba en ocasiones, por la tarde, a la farmacia de Candido, a Perines, a por optalidones, era la hora del dolor de cabeza. No era de extrañar. A don Fernando que creo no aparece en la foto. A don Fidel que tenía un niño negro a su cargo, llamado Marcelino, que más tarde sería cantante de un grupo pop. Claro está que en aquellos años esto nos llamaba la atención. Hoy se habla de interculturalidad.

Las aulas tenían el suelo de madera y grandes cristaleras por las que se podía ver lo que hacían en otras clases. Con aquellos pupitres con tinteros para trabajar con plumillas y el secante a mano para anular el borrón. Allí aprendimos todos a leer y a escribir. Por las tardes, a la hora del sopor, después de la comida se leían cuentos e historias que, en ocasiones, se nos hacían interminables.

Pero lo más nítido en el recuerdo es el patio a un lateral del colegio. Las horas de recreo. Los juegos con los compañeros, entre los que se encontraban algunos de los que formarían mi primera pandilla. Los Chelín, Tone, Roberto, Llata, Chuchi. Los clanes familiares de los Cevallos (con v), Zugasti, Alvarado, Movellán, Pomposo, entre otros. En aquel jardín machacado por las carreras me rompí, jugando al dólar, el brazo por el codo y me tuvieron que trasladar al hospital de Valdecilla en un camión de reparto. El patio era un hervidero de niñas y niños jugando al dólar, al hingue, a polis y cacos, al pañuelo,, eran tiempos sin consolas, ni móviles, ni esos artefactos de última generación. Y los días de excursión en lancha por la ría de Cubas, siempre protegidos por los Padres Franciscanos, con la tortilla de patata, los filetes rusos y la leche frita que las madres nos habían preparado y metido en aquellas bolsas de tela o cajas de cartón. Y es que en aquella época las madres todavía estaban en casa y no había mochilas. Por las tardes, después del colegio, ya con merienda en mano, me reunía con los miembros de la pandilla y la Alameda, los Arbolucos, Matadero, hoy Plaza de Méjico, eran nuestra zona privada, lugar sagrado, juegos prohibidos, donde prolongábamos, sin saberlo, nuestro proceso de socialización.

Visité el Colegio Hispano unos cuatro años, en la foto debo tener siete. Ha pasado mucho tiempo desde entonces y seguramente la memoria haya distorsionado algún dato, pero lo que seguro queda es un recuerdo agradable de aquél, mi primer colegio. Cuán distinto todo a lo que hoy vivimos alumnos y profesores en las aulas. Ni mejor, ni peor, y es que “los tiempos están cambiando”, también en la escuela, siempre cambiando, como canta Dylan en su himno.